

Estereotipos y sexismo como categorías a de-construir en el aula

Rebeca Treviño Montemayor

Universidad Juárez del Estado de Durango
rtr2706@yahoo.com.mx

Mario Alberto Cisneros Adame

Universidad Juárez del Estado de Durango
adamedgo@yahoo.com.mx

Marco Antonio Vázquez Soto

Universidad Juárez del Estado de Durango
marco0709@hotmail.com

Resumen

Los estereotipos son atribuciones que asignamos a las personas en función de características socio-culturales; la edad y el sexo son rasgos básicos con los asignamos generalizaciones estereotipadas que ocultan el reconocimiento de diversidades y diferencias que si se incluyeran en nuestra explicación de los “otros” harían evidente la complejidad del mundo que enfrentamos. Con mayor frecuencia de la que nos percatamos, solemos incluir en el mismo casillero a los jóvenes y les asignamos características simbólicas sin meditar en ellas. Y decimos que son apolíticos, indiferentes, violentos o consumistas irreflexivos; el estereotipo limita y reduce la posibilidad de ver el mundo de simbolizaciones que construyen los jóvenes. Por otro lado, pero en la misma línea reductivista, el sexo como criterio de atribución de capacidades, valoraciones y

significados en la vida social, confina los y las jóvenes a ser catalogadas de manera irracional e indiscriminada. En el espacio universitario, los roles de género y estereotipos juveniles son asumidos y re-articulados constantemente, en el aula se reproducen estas categorías y tanto alumnos como docentes pocas veces tomamos conciencia de ello. Sin embargo, es en la escuela y quizá en la universidad, como última estancia de los alumnos, el lugar donde puede realizarse un ejercicio consciente de deconstrucción de esas categorías, con miras a reconformar nuevas formas de asumirse uno mismo y asumir los estudiantes como “otro”. **Objetivo:** Redefinir el conocimiento como un agente transformador a través del diálogo, el cultivo de reconfiguraciones y construcciones de las subjetividades e identidades de género como posibilidades de concientización de docentes y alumnos, con miras a modificar estrategias de interacción en el aula. **Método.** Un análisis reflexivo sobre las posibilidades transformadoras en la educación superior. **Resultados.** Una aproximación crítica a las condiciones en que prevalecen en el aula y a la manera en que los docentes solemos estereotipar a los y las estudiantes en función de su edad y sexo.

Introducción

Los debates más recientes sobre la formación educativa incluyen la idea de que vivimos en una sociedad compleja, caracterizada por la incertidumbre, la movilidad y las diversidades. Esto significa que la idea de identidad en singular, como base para empezar el entendimiento de lo que somos y de lo que enseñamos, los que nos dedicamos a la educación, debe considerar una visión plural sobre aquéllos a quienes pretendemos educar. Desde fines del siglo pasado, Edgar Morin, nos alertó del error y la ilusión que supone la tendencia a la universalización y la homogeneidad como supuestos básicos para caracterizar a las personas. En efecto; nos dice este autor en *Los siete saberes de la*

educación (1999) que al error proveniente de la visión científica dominante según la cual se organizó el conocimiento desde el siglo XVII hasta nuestros días, ha significado habitar en las fisuras propias de la ciencia y no reconocer los errores que esto conlleva y señala cómo los errores en los que se ve envuelto el conocimiento y la enseñanza a partir del paradigma científico ha significado una limitación en la generación del conocimiento en tanto se ha parcializado y especializado; esto es a lo que él ha denominado el error de la razón y lo asocia con las cegueras que se imponen a partir de la forma en que se organizó el conocimiento científico alrededor de paradigmas; en todo el sentido kuhniano. Esta primera identificación supone un sesgo en las formas que tradicionalmente opera la ciencia; pero el determinismo científico se ha trastocado por cuestiones tan subjetivas encerradas en el propio paradigma que es difícil verlas si no se hace un análisis cuidadoso. Morin empieza por reconocer que la super-especialización y parcialización de la ciencia ha generado un análisis incompleto y simplificador de los problemas que nos presenta el mundo, tanto natural como social; sólo en la medida en que reconozcamos que lo que enfrentamos es un mundo complejo y en interacción constante; podemos aproximarnos a una interpretación más certera de la realidad. Aunado a ello; dice, debemos reconocer que los puntos ciegos de los que adolece el paradigma científico; desde la propia razón; éstos están asociados con el determinismo de convicciones y creencias con las que solemos asumir y percibir al mundo.

Así entonces nuestra primera premisa es que los paradigmas dominantes en la conformación y generación del conocimiento se nos imponen mediante fuerzas imperativas que modelan estereotipos cognitivos. Pero; asociados a estos estereotipos se hallan otros igual de importantes y trascendentes para la conformación de explicaciones e interpretaciones de la realidad: los estereotipos sociales. Si los estereotipos cognitivos limitan las posibilidades de comprensión y explicación de los fenómenos y problemas a estudiar; los sociales sesgan la posibilidad de asumir la diversidad y las diferencias en los colectivos humanos y de cómo éstos aprehenden la realidad y se realizan en el mundo.

En tarea docente, es importante distinguir ambos; los estereotipos cognitivos nos señalan rutas para modelar las mentes de los jóvenes hacia la apropiación y generación del conocimiento; cuando enseñamos a partir de estos estereotipos limitamos las posibilidades de cuestionamiento de los paradigmas y de creatividad en la práctica investigativa; por su parte los estereotipos sociales, nos conducen a encasillar y etiquetar a los estudiantes a partir sus características propias o prejuicios subjetivos que el propio docente tiene sobre las características que posee o porta el estudiante. Ambas posturas, nos conducen a una práctica docente deficiente y equivocada.

Objetivos:

El presente trabajo intentará, a manera de trabajo reflexivo, un recorrido analítico sobre lo que significa la admisión de estereotipos sociales en la práctica docente; especialmente en el aula; y cómo esta asignación de identidades a partir de características bio-sociales, merman el trabajo efectivo de la enseñanza-aprendizaje. Dos generalizaciones estereotipadas son muy comunes en la escuela: la edad (infantes, adolescentes, jóvenes adultos) y la sexual (roles de género). La reflexión se dirige, por tanto, a manera en que los docentes asignamos generalizaciones de conducta y comportamiento en función de los roles que socialmente asignados según estas categorías.

Objetivo general:

Analizar la manera en que los estereotipos de edad y género merman el desarrollo de las capacidades de los y las estudiantes a nivel superior.

Objetivo específicos:

Situar el concepto de estereotipos cognitivos y sociales como un problema que enfrenta en la actividad docente

Reconocer que los estereotipos de género apuntan a ciertas conductas sexistas, así como los relacionados con la apariencia e inexperiencia de los y las jóvenes pueden significar una limitación importante en su desempeño académico.

Proponer un ámbito de discusión sobre este tema como elemento importante en la mejora del trabajo del docente universitario.

Pregunta de investigación

¿En qué medida los prejuicios de género y de características de la conducta juvenil pueden restar capacidades de desarrollo y desempeño en los y las estudiantes a nivel universitario?

La docencia en el nivel universitario

Con frecuencia el docente universitario es un profesionista en la propia rama de enseñanza, médicos, abogados, ingenieros, biólogos, químicos, etcétera; esta posición del docente lo enfrenta con un problema de entrada: tiene conocimientos vastos sobre su rama de formación, pero quizá no tantos en el manejo de grupo o técnicas didácticas. Por otro lado, es muy común que estos profesionistas reproduzcan en su práctica docente los paradigmas científicos bajo los cuales han puesto en práctica sus habilidades disciplinares e investigativas. Aunque las universidades, recientemente han promovido cursos formativos sobre los elementos de técnicas pedagógicas y de enseñanza-aprendizaje; la manera en que se enfrentan a la docencia reproduce la manera en que ellos mismos se formaron. Esto representa un problema básico en relación con los paradigmas cognitivos, si se hace investigación científica, es muy probable que se hallen inmersos en el paradigma determinista sin mucha posibilidad de ver los puntos ciegos que Morin acusa en la manera en que la ciencia se ha desarrollado y continua haciéndolo. Esa es una tarea compleja a que deben enfrentarse quizá desde la disciplina misma, más que dentro de su intención de ser buenos maestros. El otro problema es el que acarreamos a partir de nuestra propia socialización y cosmovisión del mundo: los estereotipos sociales.

Asimismo, con frecuencia de lo que nos gustaría, solemos escuchar en los pasillos de nuestras aulas universitarias comentarios, como: “los jóvenes de ahora, tan indiferentes, tan apáticos, no tienen ningún sentido de los compromisos sociales”, o “las chicas son muy buenas estudiantes, pero se enamoran y todo el esfuerzo se pierde”. Las preguntas de quienes analizamos los problemas educativos, surgen cuando nos planteamos ¿cuántos de estos prejuicios expresados impactan en la forma en que ese profesor asume su compromiso docente? O ¿cuántos prejuicios y estereotipos no expresados rigen y guían la práctica al interior del aula?

Pero empecemos por ciertas definiciones básicas:

El estereotipo de género en la educación básica y sus repercusiones en la orientación hacia la formación profesional

Las características biológicas son nuestras primeras y más elementales rasgos definitorios de nuestra identidad; en ese sentido, la edad y el género; son sin duda, los aspectos básicos que diferencian los colectivos humanos; no obstante, a estas diferencias básicas se van a sumar todas las características socio-culturales de todo entramado social. En ese sentido, nuestra primera premisa es reconocer cómo la cultura y sus elementos simbólicos redefinen rasgos de identidad que se asumen como biológicos; pero en realidad son culturales. Así entonces, empezamos por reconocer que en la construcción de los estereotipos se hallan los elementos culturales adquiridos por los sujetos y se asumen de manera inconsciente por una sociedad. De hecho en los procesos mismo de socialización, el primario (la familia) y el secundario (la escuela); los estereotipos son reforzados constantemente, razón por la cual, es tan difícil reconocer cuando asignamos rasgos esterotipados a las personas.

El sexo es sin duda el concepto más importante en la diferenciación humana, o se es hombre o mujer; aunque últimamente este binomio está sufriendo alteraciones a partir de los conceptos intersexuales o transexuales; la díada básica puede seguir siendo

definida como universal a finales del siglo pasado empezamos a reconocer que a este concepto básico se adhería el de género, es decir el rol social que se cumple a partir de la diferencia biológica. El concepto de género se refiere al conjunto de ideas, creencias y atribuciones sociales, que se construye en cada cultura y momento histórico con base en la diferencia sexual (Lamas 2002:33). De esta perspectiva surgen las ideas de masculinidad y feminidad, y con ello se definen el “comportamiento, las funciones, las oportunidades, la valoración y las relaciones entre mujeres y hombres. Es decir, el género responde a construcciones socioculturales susceptibles de modificarse dado que han sido aprendidas” (INMUJERES, 2004). En consecuencia, el sexo es biológico y el género se elabora socialmente, de manera que ser biológicamente diferente no implica ser socialmente desigual. La dicotomía masculino-femenino, con sus variantes establece estereotipos, las más de las veces rígidos, que condicionan los papeles y limitan las potencialidades humanas de las personas al estimular o reprimir los comportamientos en función de su adecuación al género”. (ibid: 35) Según Lamas, el hecho de que mujeres y hombres sean diferentes anatómicamente los induce a creer que sus valores, cualidades intelectuales, aptitudes y actitudes también lo son. Así la determinación básica, la que consignó la primera división social, estuvo determinada por las actividades de hombres y mujeres en función de la gestación y la maternidad de unas y la caza y búsqueda de provisiones de los segundos, redundó en una serie de asignaciones que se han estereotipado a lo largo de la historia.

Esto es muy evidente cuando se conoce el sexo biológico de un recién nacido o por nacer, los padres, los familiares y la sociedad suelen asignarles atributos creados por expectativas prefiguradas. Si es niña, esperan que sea bonita, tierna, delicada, entre otras características; y si es niño, que sea fuerte, valiente, intrépido, seguro y hasta conquistador (Delgado et al., 1998)

En la medida en que las sociedades se han complejizado y la cultura se ha diversificado los roles de género han empezado a transitar desde una visión estática hacia un enfoque nuevo y adecuado para las nuevas funciones sociales que enfrentan los individuos, en este sentido la escuela, se halla en una posición privilegiada para empezar a trastocar las rígidas. Como agente socializador, es este un espacio formidable para empezar a transformar los roles estandarizados de género. De hecho, hacia finales del siglo pasado, México se adscribió al compromiso que las distintas plataformas y congresos mundiales sobre discriminación de las mujeres que se realizaron en el mundo. De hecho son estas plataformas de acción y acuerdos suscritos en las distintas Conferencias Internacionales sobre la Mujer, realizadas por la ONU en México (1975), Kenia (Nairobi, 1985), Dinamarca (Copenhague, 1990), China, (Pekín, 1995) y Nueva York (denominada Pekín +5, en el año 2000), por citar algunos, las que orientan las acciones educativas en beneficio de las mujeres y de la equidad de género en la escuelas. En este discurso no solo se habla de igualdad de oportunidades para la educación, sino en educar para la equidad, lo que incluye empezar a rebasar los comportamientos relacionados con los estereotipos de género. Se ha empezado a trabajar con los docentes de niveles básicos para rebasar los estereotipos y abandonar prácticas que promuevan o refuercen el sexismo en el aula, como por ejemplo dejar de dividir y clasificar las actividades y las capacidades en función del género; o valorar en la misma medida, las actividades identificadas como masculinas o femeninas, o mejor dicho, dejar atrás la diferenciación misma. Y así en años recientes, los niños que quieren aprender costura son admitidos en estas actividades, la pregunta es ¿son tan valorados como las niñas, o ¿lo son aquellas niñas que se han interesado por la mecánica automotriz o el boxeo? El esfuerzo ha iniciado, pero sin duda las inercias y resistencias son una constante en el aula. La currícula expresa y oculta operan todavía de manera persistente. En el caso del currículum explícito, esto se evidencia en los textos e imágenes de materiales impresos como libros, material didáctico y cuadernos de trabajo, entre otros, donde se privilegia en texto e imagen lo realizado por hombres, en tanto se subestima, se omite o se silencia lo que hacen las mujeres. Incluso, en ocasiones se

observan incongruencias entre lo que se dice en el texto y la imagen. Por ejemplo, se menciona que niñas y niños deben hacer tal actividad, pero el niño aparece en el rol protagónico mientras que la niña se muestra como mera observadora.

En lo que atañe al currículum oculto, este sexismo se transmite y fomenta por medio de un trato diferenciado a mujeres y hombres a través del lenguaje, los gestos, el tono de la voz, la frecuencia y la duración de la atención proporcionada a unas y otros, el tipo de preguntas y respuestas, el chiste, la caricatura y el sarcasmo al alumnado por parte del profesorado.

Las repercusiones de estas formas de sexismo pueden verse, entre otras, en las preferencias por ciertas carreras profesionales y en las formas como las mujeres y los hombres se incorporan a la educación superior; si bien en México desde el año 2000 la matrícula es de 50% mujeres y 50% hombres, existen grandes disparidades en la composición por sexo, dependiendo del área de conocimiento. En consecuencia, se tienen ingenierías mayoritariamente compuestas por hombres, y humanidades con porcentajes muy altos de mujeres, como puede apreciarse en la siguiente tabla. Que como se puede observar, aun hasta finales del siglo XX; las preferencias profesionales siguen marcadas por elementos constitutivos de los que socialmente ha sido considerado “propio” de la feminidad y de la masculinidad.

PARTICIPACIÓN DE MUJERES Y HOMBRES EN LAS ÁREAS DE ESTUDIO DE NIVEL LICENCIATURA, 1980-1997								
Área de estudio	1980		1990		1997		1999	
	MUJ	HOM	MUJ	HOM	MUJ	HOM	MUJ	HOM
Ciencias agropecuarias	8	92	15	85	25	75	25	75
Ciencias de la salud	43	57	55	45	60	40	60	40
Ciencias naturales y exactas	37	63	40	60	44	56	45	55
Ciencias sociales y administrativas	38	62	50	50	55	45	55	45
Educación y humanidades	57	43	61	39	65	35	66	34
Ingeniería y tecnología	11	89	23	77	27	73	27	73
Total nacional	30	70	40	60	46	54	46	54

FUENTE: Anuarios Estadísticos de la ANUIES (1980-1999).

Los símbolos en la construcción de los estereotipos.

En la Teoría de G. H. Mead, la construcción de los símbolos es sustantiva en el desarrollo social y cognitivo de las personas, son fundamentales para la interacción y comunicación entre los individuos y esenciales en el desarrollo de los procesos mentales. Los símbolos son además, en el discurso antropológico, los elementos clave para entender los procesos sociales. Así, podemos decir que más que *homo-sapiens*; los humanos somos *homo-symbolicus*; por ello, en la búsqueda de entendernos, solemos asumir comprensiones a partir de la interpretación de los símbolos expresados mediante la comunicación, sea esta verbal o no verbal. Los estereotipos se hallan inscritos en la categoría de comunicaciones acríicas de determinados componentes significativos en el emisor y el receptor. Así, elementos comunicativos básicos se transmiten a partir de cuestiones simbólicas muy precisas: a los componentes biológicos, se agregan componentes simbólicos. A la edad y el sexo, se añaden, rasgos étnicos y/o físicos; vestimentas, adornos y lenguaje. De tal manera que las personas comunicamos más con estos elementos simbólicos que con un discurso oral o escrito. En ese sentido, a partir de creencias, intuiciones, apariencias, situar las capacidades y especificidades de cada persona.

Cuando se habla de trabajo con grupos humanos, elementos sustantivo en la práctica docente, se realiza, casi de manera inconsciente, un trabajo de simplificación de la realidad que se enfrenta (Lamo de Espinosa (1993:13), de tal manera que el grupo adquiere una identidad en cuanto a grupo, no diferenciamos particularidades; y es aquí donde los estereotipos suelen ocultar elementos clave para un trabajo docente efectivo y equitativo. En efecto, los grupos se tipifican y los miembros del grupo también. Parece más sencillo hablar en singular ante un grupo al que consideramos, homogéneo que reconocer personalidades distintas que confluyen en el grupo. De hecho la práctica docente no puede realizarse más que a partir del trabajo en grupo. Sin embargo, nos preguntamos si en esta generalización y simplificación no estamos asignando cualidades diferenciadas en función de los estereotipos que acarreamos en tanto miembros de una

generación y de una cultura en donde ciertos símbolos se aplican a determinadas características de los individuos.

Los docentes universitarios estamos expuestos a generalizar y simplificar a los estudiantes en función de diversos estereotipos, los más evidentes serán los de la edad y el sexo, complementándose por los típicos de estos, vestimenta, apariencia y lenguaje. ¿Cómo se da esto? En función de informaciones y visiones que poco tienen que ver con el análisis y la reflexión, nos guiamos por nuestros propios elementos tradicionales a los que se suman los que reconocemos en la interacción con nuestros pares y a las desinformaciones o deformaciones provenientes de los medios masivos de comunicación. Con todo ello, es difícil darse cuenta cuando asignamos características reales o ficticias (estereotipadas) a los y las integrantes de los grupos. Por ello, el trabajo de desmontaje de los estereotipos es un trabajo arduo y complejo, y se realiza sólo en la medida en que los docentes nos percatemos de nuestros comportamientos como respuesta a un estereotipo.

Si bien estereotipos juveniles más recientes en nuestro país, como punks, cholos, góticos, darks, fresas, no son los que privan en el aula universitaria; algunos de sus símbolos si orientan la etiqueta del estudiante, tales como tatuajes, maquillajes o *pirings*, así como las vestimentas. Así, por ejemplo, solemos desconfiar del buen desempeño de algún o alguna estudiante con tatuajes, e incluso si el tatuado es hombre o mujer también hay discrepancias; de hecho si es mujer, nuestro juicio es aún más severo. Luego esa misma estudiante nos sorprende con un ejercicio apto, lo cual sobrevaloramos porque nuestra expectativa era menor en función del prejuicio que habíamos aplicado. En efecto, estos estereotipos son los más evidentes, pero en el aula universitaria abundan otros más sutiles. Por ejemplo las opiniones y comentarios en clase de que rebasan la edad promedio del grupo, son escuchados con mayor atención y en menor medida descalificados por el docente, de aquello proveniente de los jóvenes con aspecto

descuidado. De la misma forma, si el estudiante usa un lenguaje poco académico será menos atendido que aquel que usa referencias bibliográficas. El contenido del discurso puede ser el mismo, pero la forma guía el juicio sobre lo que se ha dicho. El estereotipo de género es aún más acusado. Si la estudiante es una persona atractiva, pueden suceder dos cosas: i) si la estudiante es asertiva ante los comentarios sexistas del o la docente, se destacará del grupo de forma positiva; ii) si la estudiante elude y reclama conductas sexistas, puede resultarle más difícil hacer patente su desempeño escolar. Ahora bien, si la estudiante no es bella (según los estereotipos culturales) sus comentarios en clase son los esperados, es decir, si no es bella, se espera que “al menos sea inteligente”; y por tanto intrascendentes.

Es importante destacar cómo los elementos simbólicos han jugado un papel fundamental en este escenario escolar.

Desmontando estereotipos en la escuela

Reconocemos entonces que los estereotipos son parte de nuestra manera de asir la cultura y la sociedad en la que vivimos y que en tanto vinculados con los símbolos, erradicarlos o transformarlos es un trabajo complejo. Sin embargo, a lo largo de la historia hemos sido testigos de cambios importantes en la manera en que percibimos las tipificaciones y que sí es posible establecer cambios importantes. Un ejemplo de ello es cómo asumen las nuevas generaciones las preferencias y orientaciones sexuales con mayor apertura. En efecto, a pesar de arrastrar robustas inercias, las posiciones plurales hacia la diversidad sexual, son más fácilmente halladas entre la gente joven. En ese sentido, aminorar y reducir exitosamente las percepciones sociales sobre las personas, puede ser un cambio real, en la medida en que nos hacemos conscientes de estas percepciones y educamos para cambiar posturas erróneas y prejuiciosas.

El espacio del aula universitaria y un compromiso docente por el cambio hacia las conductas sociales estereotipadas, son un binomio extraordinario. Si él o la docente hacen párticipes a sus estudiantes sobre cómo nos tratamos al interior del grupo; seguramente empezará a mover hacia la reflexión y el cambio. No obstante, un trabajo fundamental es la concientización y el compromiso personal del docente a vigilar en sí mismo, actitudes y comportamientos hacia los demás en función de los estereotipos que arrastra desde su formación y tradición cultural y/o disciplinar. Así que en la preocupación por incorporar conocimientos sobre las técnicas de enseñanza y aprendizaje; el docente debe ocuparse también de una deliberada búsqueda de información e investigación sobre cuestiones relevantes para la comunicación y formación integral de los estudiantes.

En un ejercicio de desmontaje, debe, el o la docente, asumir que es un miembro más de una cultura y una sociedad determinadas y por tanto, están inscritos en su subjetividad elementos que no ha hecho del todo conscientes. Los paradigmas científicos con los que modela a los nuevos investigadores, probablemente se hallan en crisis; si es así, debe saberlo, y bueno sería también que se preocupara por saber qué lugar ocupa la disciplina que enseña en esa crisis. Cuáles son los paradigmas hacia donde transita el conocimiento y la enseñanza de ella misma, es un compromiso del docente responsable, pero también debería ser una responsabilidad compartida con la institución donde labora. Tenemos claro que el trabajo educativo es un trabajo conjunto y las instituciones deben proporcionar los elementos necesarios para un trabajo real y efectivo de la práctica docente. Nuestra propuesta por tanto, es que a la par que se actualizan métodos y prácticas de enseñanza a través de cursos y eventos académicos promovidos desde la institución; no debe perderse de vista que los cambios de paradigmas no solo se hallan en los procesos cognitivos, sino en la vida social.

Por tanto, ante la detección de estereotipos en el aula, el docente debe abordar el tema y apelar al sentido crítico-analítico de la educación en su persona y en la del alumno, de manera de cuestionar los estereotipos existentes. Ambos deben preguntarse a sí mismos, respecto a un estereotipo, en un ejercicio sincero:

¿Son ciertas estas características que se le atribuyen a esta persona/estereotipo?

¿Cuenta mi concepción respecto a esta persona, con una base sólida de información y conocimiento?

¿He investigado lo suficiente respecto a esta situación/estereotipo?

¿Lo que pienso respecto a esta persona, es verdad o es tan solo una creencia sin fundamento?

¿Es justo, etiquetar personas de manera prejuiciosa, sin conocerlos, tratarlos o trabajar con ellos y ellas?

Puesto que el estereotipo es una concepción simplista respecto a una persona o grupo de personas, es menester cuestionar esta figura conceptualizada, de manera para llegar a la raíz de esta idea o pensamiento, así como hacer un llamado a la empatía, a la tolerancia y a la equidad como bases para un entendimiento colectivo más humano que sirva para conocer en mejor medida a los otros y favorecer en lo posible, una atmosfera de armonía y coincidencia que permita generar un ambiente de aprendizaje apropiado.

Otra estrategia, sería formar equipos de trabajo con las personas más disímiles entre sí, de manera de fomentar la convivencia, el descubrimiento interpersonal y la solidaridad necesaria, así como para llevar a cabo trabajos tales como proyectos o tareas.

Una más sería, pedir a los alumnos que imaginen hacer una película, cuento o historia, donde las figuras estereotipadas típicas sean quebrantadas, por ejemplo, el bueno resulta ser el malo, el hosco resulta ser amistoso y considerado, conforme el protagonista de la historia conoce y trata a los demás personajes.

Se trata de alentar en el alumno una dimensión iconoclasta, es decir que rompa con las imágenes clásicas y/o concepciones que se tienen de antemano con respecto a una persona, sin importar el sexo, edad, características, sociales, económicas, raciales o étnicas de la misma.

Es necesario percatarse, también, de que este es apenas un principio y que más difícil que llegar, es mantenerse en este punto. El cambio de actitudes debe favorecerse, día a día, tanto con el ejemplo del maestro, como con respecto a las implicaciones que en el currículum oculto que sean necesarias, así, como con el hecho de que es necesario, ser constante con el alumno en alentar su participación para propiciar en él, un cambio actitudinal.

Finalmente, un punto de referencia para desarrollar estrategias dirigidas a las aulas, consistiría en generar aquellas, que permitan cuestionar, analizar y reflexionar las características del estereotipo es decir, actuar sobre el elemento cognitivo del mismo, (Lo que el alumno conoce al respecto de una persona o grupo estereotipada), de allí se generen nuevas experiencias de empatía, trabajo y/o convivencia (que permitan originar cambios en el elemento afectivo del estereotipo o idea preconcebida) y que finalmente produzcan diferencias en su conducta o actitudes sociales respecto a la persona o grupo objeto del estereotipo.

Conclusión

Se ha logrado que las mujeres hoy pueblen los espacios universitarios, un gran paso; cuando logremos que las licenciaturas a las que acceden dejen de ser las tradicionalmente relacionadas con los estereotipos de “feminidad”; entonces estaremos hablando de un real cambio hacia los estereotipos. Si al interior del aula, logramos no solo el trato

equitativo entre unos y otras, sino una real empatía entre los miembros del grupo en tanto son vistos por el o la docente desde sus auténticas capacidades, habremos logrado trascender nuestros propios prejuicios. Un compromiso conjunto docente-institución, sería la dáda básica para empezar a transformar y de-construir estereotipos, generalizaciones y simplificaciones erróneas.

Por último, podemos agregar que, si se pretende que la educación sea el gran factor igualador de las condiciones sociales, económicas y culturales, el mismo debe ser lo también para lograr la equidad en las aulas, no sólo en la escuela básica, sino en todo momento, que se mantenga una relación con las instituciones educativas, sea de una manera escolarizada o virtual, sea en la educación primaria como en la superior, sea para mujeres como para hombres sin importar raza, etnia o religión, aspecto o apariencia, edad o situación económica, origen o estado actual, el trabajo diario debe ser adquirir consciencia respecto a nuestros estereotipos, prejuicios y preconcepciones, para entenderlos , cuestionarlos, analizarlos y finalmente destruirlos, en pos de propiciar la igualdad necesaria para originar un ambiente de aprendizaje ideal para todos.

Bibliografía

ANUIES, Anuarios estadísticos, 1988

Bustos Romero, O., (2003) “Género y socialización: familia, escuela y medios de comunicación” en Construyendo la equidad de género en la escuela primaria, Instituto Nacional de las Mujeres, SEP México

Delgado, Gabriela, Rosario Novoa y Olga Bustos (1998), Ni tan fuertes ni tan frágiles, Resultados de un estudio sobre estereotipos y sexismo en mensajes publicitarios de televisión y educación a distancia, UNICEF/PRONAM, México, 1998.

Lamo de Espinosa, E. (1993). "La mirada del otro. ICE (Información Comercial Española), núm. 722, SEC

Lamas, Marta (2002), "La antropología feminista y la categoría género", en *Cuerpo, Diferencia Sexual y Género*, Taurus, México

Morin, E. *Ética y globalización*. Septiembre de 2002. [En línea]. Disponible en www.iadb.org/etica/sp4321/docmain.cfm Consultado en agosto 2013

Morin, E. Los siete saberes necesarios a la educación del futuro. Octubre de 1999. [En línea].

Disponible en: www.edgarmorin.org/.../94-los-7-saberes-necesarios-para

Subirats, M. y Tomé, A., (1992) *Pautas de observación para el análisis del sexismo en el ámbito educativo*, Universidadde Barcelona (Cuadernos para la Coeducación), Vol. II, Barcelona.

Lamas, Marta (2002), "La antropología feminista y la categoría género", en *Cuerpo, Diferencia Sexual y Género*, Taurus, México,

SEP, (2002-2003) *Construyendo la equidad de género en la escuela primaria* Instituto Nacional de las Mujeres, SEP México